



LA PÁGINA

Monseñor Arnulfo Romero

La voz de la verdad

Pedro Trigo, s.j. *

Buena noticia. Pocos días después de asumir el pontificado, el papa Francisco desbloqueó la causa de monseñor Oscar Arnulfo Romero, la cual se encontraba trancada por ser Romero un mártir de la fe y la justicia. Ahora, 3 de febrero de 2015, Francisco lo declara mártir de la fe, y con esto hace que su camino a la beatificación y canonización no exija mayores requerimientos

Oscar Arnulfo fue un testigo de la paz, la no violencia activa, en medio de una cruenta guerra civil que cobró alrededor de 75 mil víctimas. Para cada uno de los actores tenía una palabra certera y un llamado a la conversión, al diálogo y a la paz con justicia. Hablaba para todos, buscando la salvación de todos, y su lugar era la casa del pobre. En el Salvador de Romero, 10 % de la población concentraba 80 % de las riquezas y ejercía un pie de fuerza militar sobre el pueblo y sus organizaciones. La entereza humana de Arnulfo Romero, su corazón configurado por la palabra de Dios en medio de los pobres, y su libertad de conciencia, molestaban, y lo asesinaron un 24 de marzo de 1980 con una bala en el corazón, en plena consagración eucarística.

El cambio ocurrió tras la muerte del sacerdote jesuita Rutilio Grande, párroco de Aguilares, con quien había compartido desde el seminario y a quien no solo quería como amigo, sino que respetaba profundamente como cristiano.

HORIZONTE DE ROMERO: JESÚS, TESTIGO DE LA VERDAD

Comencemos colocando el horizonte de lo que diremos. El horizonte es Jesús de Nazaret, en cuanto testigo de la verdad. Es el mismo horizonte de Monseñor Romero. Él no aspiró nunca a ser otra cosa que un seguidor de Jesucristo hasta convertirse en otro Cristo.

En el relato del cuarto evangelio sobre la pasión ocupa un lugar central el careo de Pilato con Jesús, según la costumbre romana de escuchar primero la acusación y compulsarla luego con el acusado. Comienza preguntándole si admite la acusación: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. Este título equivalía al de mesías concebido políticamente, es decir ungido por el Espíritu de Dios para liberar a su pueblo imponiéndose sobre sus enemigos. Jesús le responde que si él fuera rey como los de este mundo, es decir, mesías político, su guardia personal habría luchado para que no cayera en sus manos. Pero él no tiene ejército ni policía; no es, pues, un dirigente como los de este mundo.

Ante esta respuesta le repregunta: “Luego ¿tú eres rey?”. La respuesta de Jesús desconcierta completamente al procurador romano: “Soy rey: para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”. Jesús rey no tiene súbditos sino seguidores voluntarios: aquellos que pertenecen a la verdad. El reinado de Jesús no pertenece a la esfera política. Jesús es rey porque es capaz de llevar a sus seguidores a la verdad sobre sí mismos, sobre la historia humana y sobre Dios, es decir, a su humanidad plena. Porque para Jesús la verdad no solo se descubre, sino que sobre todo se hace.

Como el quicio de la respuesta de Jesús es la verdad, Pilato le pregunta sobre ella: “¿Y qué es la verdad?”. Pero no espera la respuesta. Como sabe que no es un peligro militar y ni siquiera político, da la espalda a Jesús y sale donde sus acusadores a manifestarles que no halla ninguna culpa en el acusado. Sin embargo, los acusadores seguirán insistiendo hasta lograr que lo crucifique, no por hallarlo culpable, sino para no malquistarse con las élites locales por un asunto que para él no tiene ninguna importancia. Cuando la autoridad se pone de espaldas a la verdad, solo queda el desnudo juego de fuerzas que siempre causa víctimas.

¿Y por qué las élites locales estaban en contra de él, si él no pretendía hacerles la competencia en el sentido de arrebatárselos sus puestos? Jesús solo quería salvar a todos y nunca dio por perdido a nadie. Su Padre no lo había enviado a juzgar al mundo, en el sentido de condenarlo, sino para que el mundo se salve por él. El juicio, en el sentido de condenación, consiste en que los que obraban mal no quisieron ir a la luz para que no se viera que sus obras eran malas, más aún, aborrecieron la luz porque les ponía en evidencia y no pararon hasta apagarla.

Pero Dios, su Padre, lo resucitó y lo constituyó como el camino que lleva a la vida. El mesianismo de Jesús no consistió en imponerse sobre todos con la fuerza incontrastable de Dios. Culminó, por el contrario, al derramar su mismo Espíritu sobre toda carne para que todos podamos vivir, cada uno en nuestra circunstancia, con fidelidad creativa, la humanidad de Jesús.

LA VOZ DE LA VERDAD

Desde este horizonte, que, insistimos, es el de Romero, vamos a la primera vez en que fue cuestionada públicamente su persona y precisamente por quienes parecían que estaban más cerca de sus posiciones políticas o por lo menos de sus aprensiones y temores.

El cambio ocurrió tras la muerte del sacerdote jesuita Rutilio Grande, párroco de Aguilares, con quien había compartido desde el seminario y a quien no solo quería como amigo, sino que respetaba profundamente como cristiano. Romero vio claro que quienes asesinan a un sacerdote entrañado con su pueblo siguiendo a Jesucristo y lo acusan de revolucionario y de sembrar odio, cuando él está seguro de que fue el amor a Cristo y a los hermanos quien dirigió sus pasos, no pueden llamarse cristianos. Cristianos son quienes aman como el asesinado. Por eso tomó la decisión sin precedentes de convocar a una misa única en la catedral, con todo su clero, cerrando ese domingo todas las iglesias al culto para evidenciar ante toda la nación la gravedad del caso y la postura de la Iglesia ante él. Esta decisión fue muy mal vista por los de arriba por lo que suponía de romper la normalidad, que ellos querían mantener a toda costa, incluso a costa de asesinatos.

Romero por socialización, formación y medio ambiente era una persona tradicional, incluso tradicionalista y por eso muy reticente ante las posiciones de la Iglesia surgidas del Vaticano II...



151

En la homilía desmiente las acusaciones de subversivo y se compromete con la línea de conducta del padre Rutilio Grande, liberador de su pueblo y testigo del amor de Cristo que da su vida por su pueblo. Ante su cadáver, pide a su presbiterio y a todos los católicos: “Permanezcamos unidos en la verdad auténtica del Evangelio”¹. Esta verdad trascendente se opone tanto a la mentira interesada de los opresores del pueblo que condenan como subversivo a cualquiera que denuncia su egoísmo, como a los que responden a este egoísmo con la violencia del odio.

La situación se tensa. Ponen una bomba en la emisora ISAX y hay rumores de que el gobierno la va a clausurar. Y arrecia una campaña mediática que pretende identificar a la Iglesia con la guerrilla marxista. En la misa siguiente en la catedral, Romero insiste en su posición. Él está anclado en Dios, tiene el corazón del Padre con entrañas de madre, su perspectiva no son intereses institucionales sino la vida amenazada de la gente. Por eso, en esa hora en la que manda la ideología encubridora para proteger intereses egoístas y despiadados, él se presenta a sí mismo como la voz de la verdad: “Pero hay una voz en nombre de todo ese organismo que sufre, que clama y dice la verdad, la for-

aleza, el aliento. Yo siento, hermano, que yo soy esa voz” (28).

Romero puede decir con toda humildad y convicción que él es la voz de la verdad porque no busca su prestigio ni sus intereses. Él es libre porque está en manos de Dios y porque como Jesucristo emplea su libertad en defender a los pobres y a los perseguidos.

Por eso pide que se lo escuche antes de condenarlo. Que no se le tape la boca con esa campaña de calumnias: “Que se comprenda que se necesita siquiera una voz para desmentir todas aquellas campañas difamatorias que ahora arrecien como una tempestad sobre la Iglesia. No es justo que se la deje sin voz cuando ella tiene que decir su palabra de defensa, de orientar a sus fieles en estas horas de confusión” (28). Y continúa: “Mientras las fuerzas persecutorias, difamatorias de la Iglesia cuentan con todos los periódicos, con todas las radios, con toda la televisión, hay una lucha desigual. No es que la Iglesia busque la lucha, la Iglesia quiere decir lo que ella es. Entonces, conozcámosla” (31).

Por eso se alegra de que su llamamiento comienza a ser atendido: “Y a este llamamiento me alegro de empezar a recibir respuestas, como ésta de las comunidades cristianas de Ciudad Arce. Una carta muy bonita en que dice: ‘Nos sentimos fuertes al escuchar sus mensajes tan llenos de optimismo y que al mismo tiempo es la verdad misma’” (28). Romero se alegra en el fondo de su ser de que sean los cristianos de la base quienes lo comprendan y den la cara y reconozcan en sus palabras la voz de la verdad.

EL ASESINATO DE RUTILIO LE ABRIÓ LOS OJOS

Verse a sí mismo como la voz de la verdad, una voz discutida, tergiversada por la propaganda política del Estado y la publicidad de los dueños de los medios de comunicación y del capital y, sin embargo, apreciada, escuchada y seguida por la gente popular, supuso para Romero una transformación interior, solo posible por su entrega insobornable a su misión, una entrega en la que trascendió sus opiniones sociales y políticas, muy arraigadas, aunque no discernidas.

Romero por socialización, formación y medio ambiente era una persona tradicional, incluso tradicionalista y por eso muy reticente ante las posiciones de



En Roma, en la Plaza San Pedro.

Él se sentía instintivamente gente de orden. El asesinato de Rutilio le hizo ver que ese pretendido orden en el que él vivía como algo natural y por tanto incuestionado, era, en realidad, una institucionalidad violenta, lo que Medellín había llamado violencia institucionalizada

la Iglesia surgidas del Vaticano II, que significaban el paso de salvarse del mundo, porque se sentía que se había levantado contra Dios, a salvarse en el seno del mundo ayudando a salvar al mundo desde dentro, desde la solidaridad con las personas de su tiempo.

Si esta salida del ámbito sacral, como campo propio de la Iglesia, al campo histórico era para él una tarea pendiente, mucho más recelo le producía la interpretación latinoamericana del Concilio que llevó a cabo Medellín, que no solo pedía salvarse salvando, sino que juzgaba la institucionalidad vigente como violenta y pedía un cambio institucional desde la participación del pueblo organizado. A él eso le sonaba a marxismo y aunque no condenó a quienes sustentaban esas posiciones, sí se distanció públicamente de ellos.

Por eso es cierto que la muerte de Rutilio Grande le abrió los ojos. De él dijo ante su cadáver que lo “siento como un hermano. En momentos muy culminantes de mi vida él estuvo muy cerca de mí y esos gestos jamás se olvidan” (I-II,1). Por eso, aunque a continuación añadió que “el momento no es para pensar en lo personal sino para recoger de ese cadáver un mensaje para todos nosotros que seguimos peregrinando” (ib), el que el cadáver fuera de ese sacerdote, que sentía como un hermano y de cuya fidelidad a Cristo no podía dudar, sí le ayudó grandemente para despegarse de prejuicios e ir más allá de sus convicciones ancestrales abriéndose a las exigencias del tiempo nuevo. Ese proceso tan duro y doloroso fue posible por su insobornable honradez y por su entrega real a la voluntad de Dios. Pero sí fue providencial que el asesinado fuera ese sacerdote hermano para que, a través de esa muerte ejemplar, comprendiera la trama institucional que se movía en la república y palpara su inhumanidad, el egoísmo sin límites, que no se detiene ante la calumnia y el asesinato.

Él se sentía instintivamente gente de orden. El asesinato de Rutilio le hizo ver que ese pretendido orden en el que él vivía como algo natural y por tanto incuestionado, era, en realidad, una institucionalidad violenta, lo que Medellín había llamado violencia institucionalizada, fue su Pentecostés, la irrupción soberana del Espíritu de Jesús sobre él, como para el anciano papa Juan lo fue la inspiración súbita de convocar el concilio.

No llamamos conversión a este abrirse los ojos porque no mudó los ejes estructuradores de su vida, que en eso consiste la conversión. Por el contrario, fueron esos ejes los que le permitieron, más aún le posibilitaron y aun le exigieron ese cambio tan a contracorriente con su sensibilidad y su educación. En efecto, el asesinato de Rutilio fue procesado desde su entrega insobornable a Dios, como el principio y fundamento de su vida y de su seguimiento a Jesucristo y su entrega a la misión que le encomendó como su destino. Precisamente el conocimiento interno de que Rutilio era un verdadero sacerdote de Jesucristo y un hombre entregado a sus hermanos desde la perspectiva de Dios fue lo que le abrió los ojos. En su muerte comprendió que sus asesinos están contra Dios y que su camino era el de Jesucristo.

Era realmente la voz del pueblo porque cuando él hablaba, en sus palabras se encontraban realmente las palabras de muchísimos que le habían dado información, incluso sus mismas palabras y ellos lo sentían así; por eso sabían que no los sustituía, sino que era su vocero.

DAR PALABRA A LA REALIDAD A LA LUZ DEL EVANGELIO

Desde ese punto sólido de apoyo, desde ese discernimiento inicial, Romero se va abriendo poco a poco, va re-conceptualizando su discurso con temor y temblor, pero con creciente congruencia, siguiendo el pulso a los acontecimientos. Así conceptualiza la necesidad de esta lectura de la realidad a la luz de la Palabra: “Cada domingo encontramos hechos que están pidiendo la luz de la palabra del Señor. Y el verdadero cristiano en El Salvador no puede prescindir de estas realidades, a no ser que quiera profesar un cristianismo aéreo, sin realidades en la tierra, un cristianismo sin compromisos, espiritualista, y así es muy fácil ser cristiano, desencarnado, desentendido de las realidades que se viven. Pero vivir ese evangelio que por orden del Padre Eterno tenemos que escuchar de Cristo –‘a él escuchadle’–, vivirlo en el marco real de nuestra existencia, eso es lo difícil, eso es lo que crea conflictos, pero es lo que hace auténtica la predicación del evangelio y la vida de cada cristiano” (IV 19).

Al principio, gran parte del tiempo se le va en distinguir la opción cristiana de la marxista y en defenderse de esa acusación. Necesita hacerlo porque él también se había sentido antimarxista y ve imprescindible hacer un deslinde respecto de sus antiguas posiciones. Afirma de modo principista la doctrina social de la Iglesia, distanciándose desde ella del capitalismo y del comunismo. Poco a poco va dando nombre de manera cada vez más analítica a lo que él respalda como doctrina de la Iglesia, que cada vez más abiertamente coincide con la posición de Medellín y con su teorización, la Teología de la Liberación, y desde esa propuesta crítica cada vez más concretamente a la empresa privada y al Estado terrorista que la respalda y a aspectos concretos de las fuerzas que apoyan al pueblo, pero no a las organizaciones como tales en cuanto que respaldan las aspiraciones populares.

Dice, por ejemplo, comentando un informe que el Departamento de Estado de Estados Unidos entregó al Congreso en el que afirma que hay “una creciente presión de los insatisfechos y oposiciones a hacer cambios por parte de los privilegiados, lo cual ha engendrado mayor violencia. He aquí lo que precisamente la Iglesia señala en todo nuestro continente: los terrorismos, los bro-

tes de violencia, la Iglesia no los puede aprobar, pero sí no puede tampoco re-probarlos sin un análisis profundo de dónde proceden. Mientras una violencia institucionalizada, privilegiada, trate de reprimir las aspiraciones justas de un sector, siempre estarán las semillas de la violencia entre nosotros. Por eso, mientras no se haga efectivo un nuevo modo de vivir, no tendremos paz ni unidad ni comunión entre los salvadoreños” (IV,21).

Véase cómo resemantiza esa apreciación del Departamento de Estado: en ella solo se habla de los insatisfechos y de la oposición a hacer cambios por parte de los privilegiados. Para Romero, en cambio, la madre de las violencias es la violencia institucionalizada. Por eso, hasta que no haya instituciones justas no habrá paz. Romero no aprueba la violencia, pero se niega a reprobarla mientras no se reconozca que la violencia original es la institucionalización del país. Para Romero no es que la negativa de los privilegiados al cambio engendre mayor violencia, sino que ésta es la violencia original, cosa que no quiere reconocer el gobierno de USA, que en definitiva, aunque deplora la situación, apoya al gobierno y a la empresa privada contra el pueblo salvadoreño.

En muchas otras ocasiones, hablando absolutamente y no solo en referencia a posiciones tomadas, sí condena sin ambages la violencia porque la condena Dios, que manda no matar y porque esa condena, basada en la condición sagrada de la vida humana, está entrañada en la realidad: la violencia no arregla nada y solo empeora lo que quiere superar.

Como culminación de este proceso exigente, Romero alcanzará una agudeza y precisión analítica y una madurez de juicio, muy notables, realmente magistrales.

VOZ DE LA VERDAD POR SER VOZ DE DIOS

Por eso, la suya no es una verdad dogmática, como lo es la propaganda política, que busca precisamente tapan los hechos a fuerza de retórica. La prueba de que no quiere imponer su visión, entendida como una opinión preconcebida, es su insistencia en que si algún señalamiento suyo es equivocado, que se lo hagan ver y él rectificará: “Yo reconozco, hermanos, que soy hombre y me puedo equivocar. Por eso he abierto el diálogo. Todo aquel que no esté

Afirma de modo principista la doctrina social de la Iglesia, distanciándose desde ella del capitalismo y del comunismo. Poco a poco va dando nombre de manera cada vez más analítica a lo que él respalda como doctrina de la Iglesia, que cada vez más abiertamente coincide con la posición de Medellín y con su teorización, la Teología de la Liberación,...

de acuerdo conmigo venga y platiquemos, convénzanme de mis errores. Pero no se me critique, no se me calle sin oírme” (29).

Como sabía que se podía equivocar, como sabía que la polarización vigente se prestaba para las medias verdades y la tergiversación de los acontecimientos, Romero se informaba acuciosamente, indagaba, preguntaba a unos y a otros, preguntaba y repreguntaba, hasta que veía claros los hechos y se convencía de la verdad. Así lo declara una y otra vez: “Yo quiero invitar a todos a que dialoguen conmigo; se los estoy diciendo desde el principio: no oigo sólo un sector, oigo a todos, recibo lo bueno de todos; pero esta es la gran misión, el difícil papel del obispo: discernir, escoger, apartar lo malo y quedarse con lo bueno” (51).

Este discernimiento, en última instancia, lo realizaba en soledad ante Dios y en ello invertía muchas horas en la noche. Pero para realizarlo Romero se siente muy alentado, no solo por los muchísimos que lo informaban, sino por muchos más que le escribían que oraban por él, para que el Espíritu lo iluminara: “La Iglesia reza, y el órgano que habla, que es el obispo, traspira toda esa san-

tividad de la Iglesia. ¿Cómo se va a equivocar Dios y los que servimos de sus instrumentos?” (52). Como se ve, no está pensando en un instrumento pasivo ni en una infalibilidad por principio, sino en tanta ayuda que lo lleva a buscar acuciosísimamente la verdad.

Quiero subrayar esa interpretación de su misión y del papel de Dios en ella. Para él es indudable que Dios es la verdad absoluta y Jesús, su Hijo, la verdad humanada. También se sabe y se siente enviado por ese Dios y ministro de ese Jesús. Pero esa representación no implica para él una inerrancia automática. Por el contrario, exige una conversión constante para actuar como ministro del Señor y no desde sus prejuicios o intereses o simpatías personales o institucionales. Esta necesidad de conversión la extiende al Papa, a la curia vaticana, a los obispos y curas y muy concretamente a él mismo. Conversión implica vivir a dos niveles: ante todo preguntándose siempre qué quiere Dios que diga en vez de qué quiero decir yo; es decir, actuar realmente como enviado, en vez de pensar que el carácter de enviado es algo automático por la ordenación episcopal. Y en segundo lugar y como consecuencia de esta actitud, salir de sí para indagar la verdad con una honradez insobornable. De ahí su actitud de preguntar a la mayor cantidad de gente posible y compulsar testimonios.

Solo entonces exponía esa verdad encontrada, con esa valentía, con esa prestancia, que lo convirtió en la voz de todo el pueblo sin voz y por eso lo hizo temible para los enemigos del pueblo, para los que siempre habían dado la versión oficial y habían silenciado cualquier otra. Era realmente la voz del pueblo porque cuando él hablaba, en sus palabras se encontraban realmente las palabras de muchísimos que le habían dado información, incluso sus mismas palabras y ellos lo sentían así; por eso sabían que no los sustituía, sino que era su vocero. Y por eso le contaban todo. Era su altavoz. Pero su papel no se reducía a transmitir lo oído. Las suyas eran palabras sopesadas, cribadas, aquilataadas como el oro en el crisol. Y por eso sonaban tan límpidas.

Una prueba muy elocuente de la trascendencia de su palabra es que le dolía tremendamente decirla, que por él nunca se habría metido en esas situaciones tan punzantes en la que tenía que denunciar y condenar tantos hechos y por



En él relucía en grado eminente lo que los griegos clásicos y los primeros cristianos llamaban la *parresía*. Que consistía en decir públicamente una verdad pública, que interesaba a la colectividad, y que el colectivo no se atrevía a lanzarla al aire porque contradecía los intereses y por eso las posiciones oficiales de los poderosos y temía las consecuencias de propalarla.



eso herir a tantas personas. Compara su suerte con la del profeta Jeremías: “Yo no encuentro en la Biblia unas frases que expresen más al vivo la crisis de un hombre en sus relaciones con Dios. Me sedujiste –le dice al Señor– me has engañado, me has dicho que me mandabas a arrancar, a destruir; pero también a construir, a plantar, a edificar, y de mi boca de profeta, donde quiere salir sólo lo que tú dices, no sale más que violencia, guerra, destrucción. Imaginen, hermanos, el temperamento de Jeremías, un profeta dulce, un profeta más inclinado al amor, un profeta de delicadezas espirituales que representa precisamente en el Viejo Testamento la figura dulcísima de Cristo. Pues este profeta de amor, de dulzura, de ternura, de bondad, es escogido por Dios para anunciar a su pueblo pecador la destrucción, la amenaza de Dios, si no se convierten. ¡Y le duele! Cuántas veces, dice, quise callar la voz en mí y la palabra de Dios era en mis huesos como fuego que devora y me obliga a hablar. Ésta es la crisis del profeta: no quisiera decir lo que dice, pero Dios le manda a decir” (V, 160-161). Y añade autobiográficamente: “Es exigirle al hombre muchas veces, hasta contra su temperamento, hasta contra su modo de ser” (161). Por eso, antes de dar las noticias de la semana que, dice, “me obliga la misión profética de la Iglesia a iluminar”, tiene esta confesión: “Algo de lo del profeta

Jeremías podría ser también mi papel: Me duele, Señor, decir estas cosas, pero, si están sucediendo, me obligan a decir los pecados del mundo para destruirlos como tú quieres que el pueblo de Dios los destruya” (165). Que no es vencer a los enemigos con una violencia superior, aunque justa, sino desolidarizándose vitalmente con toda injusticia, denunciando con valentía todo lo malo y organizándose para construir una alternativa.

PRESTANCIA PARA SOSTENER LO QUE DECÍA

En él relucía en grado eminente lo que los griegos clásicos y los primeros cristianos llamaban la *parresía*². Que consistía en decir públicamente una verdad pública, que interesaba a la colectividad, y que el colectivo no se atrevía a lanzarla al aire porque contradecía los intereses y por eso las posiciones oficiales de los poderosos y temía las consecuencias de propalarla. *Parresía* expresa por una parte la libertad de espíritu, la valentía de proclamarla y por otra la capacidad de decirla de modo que se perciba que la persona que la profiere tiene densidad personal para sostenerla.

Vamos a poner un ejemplo. Habla al fin de una semana en que han asesinado al canciller y a un sacerdote con un muchacho y cuando arrecia una campaña que identifica a la Iglesia con la subversión, dice, “como que si la Iglesia tu-

“Muchos en esta hora viven del pánico, del terror. ¿Irán a acabar con la Iglesia? ¿Irán a matar a todos los padres?... ¿Qué importa? El Espíritu de Dios no nos dejará perecer. No podemos ser vencidos por las armas, por el terror, por la sicosis de los hombres”

viera la culpa de todo este desorden ¿No son más culpables los que escriben esas páginas tendenciosas? ¿No están poniendo armas en las manos aquellos que por la colonia Escalón regaron el slogan: ‘Haz patria, mata a un cura’? Esto es provocar. ¡Y sin embargo a esto no se lo llama subversión! Se parece a los tiempos de Hitler, decía nuestra radio ayer, en que decían: ‘Haz patria: mata a un judío’. Hoy es el sacerdote el estorbo, es la causa de todos los males” (50).

Esta contestación pública, directa, con palabras de tanto peso, fue lo que lo convirtió verdaderamente en la voz de la verdad. Por eso Romero acabó como acabó. Los poderosos que no quisieron convertirse a la verdad que él proclamaba y que siempre incluía un llamado fraterno a convertirse, tuvieron que apagar su voz.

Para Romero, como para Jesús, la verdad podía doler muchísimo, incluso exigir cambios muy costosos, pero era siempre una buena nueva porque seguirla conducía a la liberación personal: “Si en algo me he equivocado en todo lo que he dicho, hermanos, soy humano. Reconozco mi error, si alguno viene a dialogar conmigo, a convencerme. Pero si he dicho la verdad, aunque duela, aceptémosla porque ‘sólo la verdad os hará libres’, dijo Jesucristo” (34).

LA VERDAD QUE NACE DEL AMOR

Es impresionante la cantidad de textos que contienen un amoroso requerimiento a los criminales y a los encubridores para que se conviertan. Vaya uno como botón de muestra: “Quién me diera, hermanos, que esta palabra de evangelio con la ternura de los labios de la Virgen que ama a los pecadores, llegara hasta esos lugares donde están escondidos tantos criminales, donde se está fraguando tanta calumnia, a esos rincones de sombra y de infierno, para decirles a esos pobres pecadores: ‘Conviértanse, no siembren más odios, no maten más gente, no calumnien más, conviértanse, que esos perversos caminos llevan la infierno, y la Virgen los quiere en su cielo’” (46). Lo que en este tipo de citas suena a realmente trascendente es la unión en la misma frase de una ternura auténtica que nace de una solicitud verdadera por esas personas y a la vez una denuncia tan rotunda.

Romero podía buscar y decir la verdad porque estaba anclado en Dios y por



eso libre. ¡Qué presencia de ánimo suponen estas palabras que de un modo u otro repite siempre!: “Muchos en esta hora viven del pánico, del terror. ¿Irán a acabar con la Iglesia? ¿Irán a matar a todos los padres?... ¿Qué importa? El Espíritu de Dios no nos dejará perecer. No podemos ser vencidos por las armas, por el terror, por la sicosis de los hombres” (49).

El coraje de Romero no derivaba del fanatismo, que hace cerrar los ojos a la realidad y vivir amurallado en la ideología, sino de contemplar ese amor de Dios actuando victoriosamente en la comunidad cristiana hostigada y perseguida por el capital y el gobierno a sus órdenes: “Si por desgracia, por incompreensión, [el gobierno] nos callara también la radio y nos quitara el periódico; no hacen falta, hermanos. Después de todo lo que nos quiere decir hoy la palabra de Dios, es que, ni el templo es necesario, ni los instrumentos que le sirven a la Iglesia para proclamar su mensaje, porque el Apocalipsis nos presenta la fase definitiva de este reino ya lo debemos vivir aquí abajo: es nuestra fe en Dios, Dios que es el templo, la palabra de Dios es la radio, Cristo es la imprenta, la comunidad cristiana que vive como antorcha en el mundo está predicando más que la radio y más que el periódico. De nada servirán todos los instrumentos de comunicación social, si no contára-

Como vemos, para Romero ser la voz de la verdad en su situación tiene dos manifestaciones: la más evidente y resaltante y en definitiva por la que lo mataron, es el desvelamiento de la verdad ocultada sistemáticamente por los poderosos y el Estado aliado.

mos con comunidades de amor, con cristianos que viven el verdadero Dios, el verdadero Cristo, y esto es lo grande de este mundo” (55).

Romero es una persona muy realista y trata por todos los medios de mantener viva la emisora, que es el altavoz de su palabra. Así lo reconocerá hasta en su última homilía en la catedral (VIII, 359). Sin embargo, es cierto que, como Pablo decía de la comunidad de Corinto, las comunidades cristianas populares y los cristianos solidarizados con ellas son su carta viva, ellos son su mensaje más elocuente, sus vidas encarnan la verdad que él proclama. Y él la puede proclamar porque se siente alentado por ellos y mediante ellos, por Dios. Porque Dios y Cristo viven en la comunidad y esa vida divina, que es vida plenamente humana, cuando todo incita a deshumanizarse, es la verdad que nadie puede acallar y de la que él es portavoz, no como instrumento técnico, sino por su humanidad abierta a todos en la que todos tienen lugar. De ahí deriva la densidad de esa voz, su insobornable verdad, su verdad tan clara y a la vez tan matizada.

LO QUE ACARREA LA VERDAD

El día de Pentecostés, en que se celebra al Espíritu que anima a la Iglesia, en su homilía glosa lo que implica que en la Iglesia se dé la seguridad de la verdad: “Este Espíritu de la verdad es lo que anima a la Iglesia a predicar, a escribir, a hablar por radio” (73). “La persecución es algo necesario en la Iglesia. ¿Saben por qué? Porque la verdad siempre es perseguida. Jesucristo lo dijo: ‘Si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros’” (ib). “La Iglesia predica la verdad como Dios mandaba a los profetas: a anunciar su verdad frente a los embustes, a las injusticias, a los abusos de su tiempo. ¡Y cómo les costaba a los profetas! Hasta se querían huir de Dios, porque sabían que ir a decir la verdad era sentenciarse a muerte (...) Y así también siempre que se predica la verdad contra las injusticias, contra los abusos, contra los atropellos, la verdad tiene que doler” (74). Pero no puede dejar de decirlo “porque por encima de los hombres está un Dios que reclama el respeto a la vida y a la dignidad y a la libertad del hombre y a su vivienda” (ib).

Ahora bien, el Espíritu de la verdad, es el Espíritu del amor que dice al pe-

gador: “No seas cruel, no atormentes, no tortures, no trates mal”; lo hace con amor; busca su bien, busca su conversión” (ib).

El efecto de esta proclamación de la verdad, que él constata con alegría, es que mucha gente se está convirtiendo ante una Iglesia firme en el cumplimiento de su misión “y se hacen con la Iglesia también profetas de su verdad y se incorporan a esa misión” (75).

Desde la insistencia en que el desvelamiento de la verdad es obediencia al impulso del Espíritu de la verdad, que es el Espíritu de Jesús, y por tanto que es inherente a su misión y la señal de su autenticidad en una situación de pecado, pasa Romero a hacer un llamamiento a la condición adulta del público en general desde el Espíritu de Pentecostés, que también está derramado sobre ellos para que no se dejen engañar: “Queridos lectores de los periódicos, ya son gente madura ustedes. No necesitan que les digan: ‘Esto es mentira, esto es verdad’. ¡Disciernan ustedes mismos! (...) Y hasta en los humildes campesinos vemos cómo se discierne la mentira y la verdad, la ambigüedad y la exactitud” (ib).

Ahora bien, lo mismo que él indaga sin tregua, también lo pide a los lectores de la prensa calumniadora: “Si tenemos dudas, acerquémonos a alguien que nos pueda ilustrar (...) La verdad de la Iglesia no es un tesoro oculto, como Cristo decía ante sus acusadores: ‘He predicado en público, preguntad a quienes me han oído’” (ib).

LA VERDAD: DE LO QUE PASA Y DEL PLAN DE DIOS

Como vemos, para Romero ser la voz de la verdad en su situación tiene dos manifestaciones: la más evidente y resaltante y en definitiva por la que lo mataron, es el desvelamiento de la verdad ocultada sistemáticamente por los poderosos y el Estado aliado. Sobre todo, la denuncia de los innumerables atropellos, vejaciones, injusticias institucionales, apresamientos, torturas, desapariciones y asesinatos. Esa era una de las razones por las que toda la ciudad y aun todo el país seguían su homilía semanal, de tal manera que si uno caminaba por las calles la iba oyendo porque los vecinos ponían sus radios a pleno volumen; no solo para oír, sino para proclamar también que estaban oyendo. La seriedad de sus denuncias era tal que

“No ignoramos el riesgo que corre nuestra pobre emisora por ser instrumento y vehículo de la verdad y de la justicia, pero sabemos que el riesgo hay que correrlo porque detrás del riesgo hay todo un pueblo que apoya a esta palabra de verdad y de justicia”

nunca tuvo que desmentirse. Es que la información previa era tan acuciosa que apenas quedaba margen de error. En parte se debía también en que se había formado una verdadera cadena de informantes; es que la gente le contaba todo y sabía que tenían que contarle la verdad: tal era el respeto que inspiraba.

El segundo significado de ser voz de la verdad era el que sustentaba el primero. Él era la voz de Dios en ese país y en ese momento. Ya hemos insistido en que eso no significaba que Dios le hablaba al oído o que lo que a él se le ocurriera lo respaldaba Dios automáticamente. Significaba, por el contrario, su tensión constante por trascender hasta la misma realidad desde la luz de Dios, que es quien con su relación constante de amor la está creando. Dios no está en unos sí y en otros no; por eso la perspectiva de Dios busca hacer justicia a todos, a cada una de las personas, y a cada uno de los aspectos.

Dios tiene una palabra concreta para la situación; pero a su vez esa palabra única y pormenorizada no es sino la concreción de su decisión de introducir a la humanidad a su comunidad divina como hijas e hijos en el Hijo único Jesús de Nazaret. Lo que implica que vivamos como hermanas y hermanos y con la dignidad de los hijos de Dios. Ese plan de Dios es, sobre todo, la verdad que Romero quiere proclamar en todos los momentos de su vida, en cada encuentro, en sus cartas pastorales, en sus homilías; no solo para que les conste a todos, sino para que les llegue al corazón de manera que se conviertan a ese proyecto divino, que es el único que puede llevar a la humanidad a su humanización cualitativa y, con ello, a su plenitud y felicidad. En esto estriba para Romero la trascendencia de su misión.

Por eso, cuando se siente acuerpado por su pueblo, que le brinda innumerables manifestaciones de apoyo y cariño, cuando cada día llegan cartas y mensajes e incluso personas, del exterior a mostrarle su adhesión y solidaridad y, cuando es tan respetado que recibe el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Georgetown, como luego lo recibirá de la de Lovaina, cuando se vuelven habituales los aplausos que interrumpen una y otra vez sus homilías como manifestación de entusiasmo y aprobación, Romero insiste con humildad genuina que no quiere ser visto ni tratado por nadie como un ídolo, que

detesta ser el centro de nada y que, por el contrario, solo pretende dirigirlos a todos hacia el plan de Dios y hacia Dios mismo y su Hijo Jesucristo: “Jamás permitiré yo convertirme en un ídolo de muchedumbres y engañar así, porque ‘maldito el hombre que se apoya en la carne’, dice la Sagrada Escritura. Lo que dije aquí cuando me hicieron el honor del Doctorado Honoris Causa: solo quiero ser un signo como Juan Bautista; desaparecer la persona y que crezca la palabra eterna del mensaje de Cristo. Si en este sentido se me tributan homenajes, en lo personal ¡cómo quisiera rehuirlos!, pero cuando los enfoco hacia Cristo, el Buen Pastor, y la fe de ustedes descubre en mi pobre persona el eterno mensaje de el Salvador, tengo que acogerlo y presentarlo como un ramo de rosas frescas al Divino Sacerdote, a Cristo nuestro Señor” (IV 32). Una persona que habla así, que está tan desprendida de sí y entregada a Dios y a su pueblo, ciertamente que puede ser voz de la verdad.

CONSUMADO Y CONSUMIDO

Su última homilía en catedral, la víspera de su asesinato, puede ser considerada como la síntesis de todo lo que llevamos dicho. En la misa concelebran sacerdotes de Estados Unidos en señal de solidaridad o, utilizando la expresión cristiana, de comunión, de las organizaciones que representan con Romero, su línea pastoral y su Iglesia. La emisora del episcopado lleva su voz a todos los rincones de la república y otra emisora costarricense la trasmite a varios países de América Latina.

Ante todo Romero dice de su emisora lo que es mucho más verdad referido a él mismo: “No ignoramos el riesgo que corre nuestra pobre emisora por ser instrumento y vehículo de la verdad y de la justicia, pero sabemos que el riesgo hay que correrlo porque detrás del riesgo hay todo un pueblo que apoya a esta palabra de verdad y de justicia” (VIII, 359). Romero se siente acuerpado por todo un pueblo y eso le da valor que es, dicho de otro modo, sentido de responsabilidad.

Seguidamente pasa a proclamar el proyecto de Dios para liberar plenamente a los seres humanos. En ese proyecto Cristo es el camino: revela la realización del proyecto de Dios en la historia. La Iglesia está al servicio de ese proyecto y la colaboración del ser humano es la

“La Iglesia no está de acuerdo con la violencia de ninguna forma, ni con la que brota como fruto de la represión ni con la que reprime en formas tan bárbaras. Simplemente llama a entenderse, a dialogar, a la justicia, al amor”



Sexto aniversario, marzo 1986.

conversión. Es un servicio de liberación, personal, comunitaria y trascendente. Así como el mal arranca de la persona, también de ella tiene que arrancar la liberación. Desconocerlo es condenar el proceso de liberación al extravío y al fracaso. “En la medida en que los proyectos históricos traten de reflejar el proyecto eterno de Dios, en esa medida se van haciendo reflejo del reino de Dios (...) El gran trabajo de los cristianos tiene que ser éste: empaparse del reino de Dios y desde esa alma empapada en el reino de Dios trabajar también los proyectos de la historia” (368). La trascendencia la refiere a tres perspectivas: reconocer la iniciativa de Dios para liberar, mirar cómo la liberación tiene que arrancar del pecado y una fe muy grande en Jesucristo. Resumiendo, podríamos decir: Dios es liberador, Jesucristo es liberador y la liberación tiene que ser integral. Los seres humanos son sujetos de esa liberación, pero para serlo tienen que convertirse a esa perspectiva. Y la Iglesia está a su servicio y por eso tiene que renunciar a cualquier mira propia.

Desde esta perspectiva analiza los sucesos de la semana, ante todo sucesos entrañables de las comunidades cristianas; pero en seguida, la represión, la persecución a las organizaciones del pueblo, las torturas, los crímenes, las desapariciones. Cada suceso datado y narrado con nombres propios y porme-

Evangelio

“Un Evangelio que no tiene en cuenta los derechos de los hombres, un cristianismo que no construye la historia de la tierra, no es la auténtica doctrina de Cristo, sino simplemente instrumento del poder”. (Homilía 19 de junio de 1977, I-II p. 99). [12]

Alerta contra el control de los medios

Es lástima, hermanos, que en estas cosas tan graves de nuestro pueblo se quiera engañar al pueblo. Es lástima tener unos medios de comunicación tan vendidos a las condiciones. Es lástima no poder confiar en la noticia del periódico o de la televisión o de la radio porque todo está comprado, está amañado y no se dice la verdad. (Homilía 2 de abril de 1978, IV pp 129-130). [85]

Que esto quede muy claro

“Que esto quede muy claro, porque la Iglesia no puede identificarse con ningún partido político ni con ninguna organización de carácter político, social, cooperativo. La Iglesia no tiene sistemas. La Iglesia no tiene métodos. La Iglesia sólo tiene inspiración cristiana, una obligación de caridad que la urge a acompañar a quienes sufren las injusticias y a ayudar también a las reivindicaciones justas del pueblo”. (Homilía 16 de abril de 1978, IV p. 166).

No violencia activa

“La Iglesia no está de acuerdo con la violencia de ninguna forma, ni con la que brota como fruto de la represión ni con la que reprime en formas tan bárbaras. Simplemente llama a entenderse, a dialogar, a la justicia, al amor”. (Homilía 19 de marzo de 1978, IV p. 79). [79]

“...En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno: en nombre de Dios ¡Cese la represión!”

norizadamente y sobre todo indicando su raíz, sus causas y sus efectos.

Luego viene un análisis del paro que convocó la Coordinadora Revolucionaria de Masas y un juicio conclusivo: “Fue un avance en la lucha popular” (381). Después pasa a una apreciación del momento de la Coordinadora: “Tiene sus fallas y aún le queda mucho para convertirse en una alternativa coherente de poder revolucionario democrático. Ojalá evaluaran y fueran perfeccionando una expresión que fuera verdaderamente del pueblo y que no en sus disparates encontrarán el repudio del mismo pueblo. Es una esperanza, una solución, si maduran y llegan a ser de veras comprensivos con el querer del pueblo” (ib).

Después de esta crítica constructiva y esperanzada, pasa a criticar al gobierno porque no deja espacio para la labor política democrática y empuja a las revueltas de la desesperación, como había denunciado ya Medellín: “Estos fallos [de la Coordinadora], sin embargo, no están en que sean subversivos o maleantes o resentidos sociales. Los fallos están en que no se les permite un desarrollo político normal. Son perseguidos, masacrados, dificultados en sus labores de organización, en sus intentos de ampliar sus relaciones con otros grupos democráticos. Así lo que se va a conseguir es su radicalización y su desesperación. Es difícil en estas circunstancias que no se lance a actividades revolucionarias, a luchas combativas”. Por eso insiste en que “la responsabilidad mayor es la de los gobernantes civiles y sobre todo militares” (382). De ahí pasa a dar la razón de fondo: “Sin las raíces en el pueblo ningún Gobierno puede tener eficacia, mucho menos cuando quiere implantarlos a fuerza de sangre y de dolor” (384).

Por eso, viendo que ese proceso de represión solo puede conducir a la hecatombe, que el Gobierno está ciego y no quiere rectificar y, sobre todo, que son los soldados del pueblo quienes masacran a los suyos, la homilía concluye haciendo un llamamiento a las bases de la guardia nacional, de la policía y de los cuarteles: “Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la Ley de Dios que dice: NO MATAR. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la Ley de Dios. Una ley inmoral nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recupe-

ren su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la Ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el Gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas, si van teñidas de sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno: en nombre de Dios ¡Cese la represión!” (ib).

El llamamiento no se dirige a números o efectivos, como se dice en el argot de cuartel. Se dirige a seres humanos a quienes el predicador, que los interpela, los considera como sus hermanos y hermanos también de los campesinos a quienes están matando. Les pide que recuperen su conciencia, que obedezcan a su conciencia. Que asuman que antes que subordinados que obedecen a sus jefes son seres humanos con conciencia de su dignidad, que no pueden abdicar de ella por limitarse a cumplir su función. Como hermano les ruega y les suplica y como voz de Dios les ordena que dejen de matar, aunque para eso tengan que desobedecer a sus superiores.

Hasta ahí llegó la parresía de Romero, su valentía, su capacidad de ser voz de la verdad, su autoridad moral, su trascendencia. Era obvio que quienes habían absolutizado el orden establecido y demonizado lo que lo pusiera en cuestión, tenían que callar esa voz y que eso solo se podría lograr asesinando al profeta.

Fue una muerte inútil: él vive con las demás víctimas y nosotros seguimos escuchando su voz.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

NOTAS

- 1 Mons. Oscar A. Romero/ *Su Pensamiento*. Publicaciones Pastorales del Arzobispado. San Salvador 2000, I-II, 8.
En adelante citaremos en el texto solo la página y lo haremos constar cuando cambiemos de volumen.
- 2 Foucault, *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Paidós, Barcelona 2004.